El peine de las flores dormidas

Relatos Cortos · Shyvirelle · Obra original

A la hora en que el campo parecía cubierto de humo, Inés llevaba pequeñas flores dormidas en el cabello. No eran de una especie rara. Había recogido dos capullos del camino, todavía cerrados por el frío de la mañana, y los había sujetado a su trenza con un hilo. Quería llegar al mercado con algo distinto de una cinta.

Al cruzar un rosal silvestre encontró un peine de madera entre las ramas. Tenía la forma de una mano abierta y seis dientes diferentes. Uno terminaba en un aro diminuto; otro, en una media luna; el tercero era recto como un palo. Los demás estaban gastados, como si alguien los hubiera usado durante muchos años.

Inés lo sacó con cuidado para no romper las espinas. Una flor de su trenza, pequeña y amarilla, rozó el diente con forma de aro. El capullo se abrió de golpe. No creció el tallo, ni apareció un pétalo de más; sencillamente se desplegaron los que ya estaban escondidos.

Inés se quedó quieta. Pensó que el sol acababa de salir de entre las nubes. Pasó el aro otra vez por el cabello, cerca del segundo capullo, que era violeta. No sucedió nada. Probó con el diente recto. Tampoco. Solo consiguió enredar un poco el hilo que sujetaba las flores.

Junto al camino había algunas vainas secas de la flor amarilla. Inés abrió una con la uña. En el interior encontró semillas redondas, diminutas como cuentas. Miró el aro tallado en la punta del peine y comprendió una semejanza que no había visto antes: aquel diente acababa exactamente en la forma de esas semillas.

Fue hasta un pequeño prado donde crecían las flores violetas. En las vainas de una planta seca halló semillas curvadas, como lunas delgadas. Regresó al sendero, buscó el diente con esa forma y lo llevó con delicadeza a la flor de su trenza. El capullo violeta se abrió, revelando tres pétalos doblados que parecían alas.

No era un peine que hiciera nacer flores. No creaba tallos ni hojas. Solo ayudaba a abrir las que ya guardaban sus pétalos, y únicamente cuando el diente que las tocaba repetía la forma de su semilla.

Inés quiso probar si aquel hallazgo también serviría a otras personas. Pensó en su abuela, que siempre esperaba a que los botones del patio se abrieran antes de cortarlos. Pero el mercado estaba lejos, y le pareció más importante averiguar qué debía hacer con el peine. Era demasiado singular para dejarlo en cualquier bolsillo.

En un claro encontró un tercer capullo, blanco y pequeño, unido a una planta que crecía al pie de una piedra. Había sido el primero que había visto aquella mañana, aunque no lo había cortado: sus pétalos cerrados tenían el color de una concha. Inés lo llamó, para sí, la flor dormida del claro.

Buscó en torno a la mata. No había vainas secas, frutos abiertos ni semillas caídas que pudieran mostrarle qué diente correspondía. Se arrodilló y revisó las hojas sin arrancar nada. Una hormiga pasó por el tallo y desapareció entre dos piedras. Inés no encontró ni una sola semilla visible.

Al ponerse de pie, le entraron ganas de probar los seis dientes del peine uno tras otro. Quizá alguno funcionaría. Quizá la flor terminaría por abrirse si insistía. Levantó la mano, acercó el diente recto y vio cómo la punta de madera rozaba un pliegue de los pétalos. La flor se dobló un poco, todavía cerrada.

Retiró el peine.

No sabía si la madera podía lastimar aquel capullo. Sabía que no había aprendido su forma y que había llegado demasiado lejos para fingir lo contrario. Las semillas explicaban cómo se habían abierto los dos capullos de su trenza. La última flor no le ofrecía esa pista.

Se sentó en la piedra para pensar. El rosal donde había aparecido el peine estaba a pocos pasos. Sus ramas se enredaban con el camino, y allí seguía un hueco entre las espinas que tenía casi la forma de la empuñadura. Parecía un lugar hecho para guardarlo, no para exhibirlo.

Inés regresó al rosal. Colocó el peine entre dos ramas y lo dejó en la misma posición en que lo había encontrado, con los dientes mirando hacia abajo. Comprobó que no pudiera caer sobre el sendero, donde alguien lo pisaría. Después volvió al claro sin llevar nada en la mano.

El sol había subido y el aire era más tibio. Inés se agachó junto a la planta blanca. Los pétalos seguían juntos, aunque ahora se veía una línea luminosa entre ellos. Esperó sin tocarla. Un insecto pequeño pasó cerca, luego otro. La flor abrió un borde, descansó un instante y se desplegó por completo.

No necesitó el peine.

Inés observó el centro de la flor, donde todavía no había fruto ni semilla que ella pudiera reconocer. Aquello no desmentía lo que había descubierto con las otras dos. El peine abría ciertas flores de cierto modo; no era el dueño de todas las flores ni del momento en que debían abrirse.

Siguió hacia el mercado con las dos flores abiertas en la trenza. Cuando el viento le movía el cabello, los pétalos violetas y amarillos rozaban su cuello. Detrás, en el claro, la flor blanca permaneció en su tallo. Al pasar de nuevo junto al rosal, Inés vio un destello de madera entre las espinas y no se detuvo a recuperarlo.